

abejas que entraban por la ventana; coros de árboles agitados por el viento, y, sobre todo, el eterno plañir de la cascada, que desplomándose de lo alto de la roca al fondo del valle, deshecha en irrestañable llanto, inundaba de desesperación el alma del artista, ya reducido á la impotencia y presa en breve de la insania.

.....  
 A los treinta años, casi olvidado de sus admiradores de un día, Camilo de Lelis espiraba en el manicomio. Su primera impresión, al encontrarse en el nicho, fué,—no se admire el lector,—de inmenso bienestar. Por fin habían cesado los malditos ruidos de la tierra, por fin su cerebro no sentía las horribles punzadas de agujas candentes y los tenazazos que por el oído llegaban á las últimas células de la sustancia gris... ¡Qué hermoso silencio absoluto, eterno, sin límites, como Océano extendido desde lo infinito terrestre á lo infinito celestial!

De pronto... ¡No, si no puede ser! ¿Se concibe que existan ruidos dentro de una tumba, que atraviesen las paredes de un nicho, la espesura de una caja de zinc y de un recio ataúd forrado de paño grueso? No se concebirá, pero lo cierto es que algo suena... Camilo de Lelis se estremece, quiere incorporarse, quiere gemir... El ruido que le quita las dulzuras del perenne reposo es la fermentación que comienza, son los gusanos, que no tardarán en pulular sobre su pobre cuerpo... ¡Tampoco el sepulcro está solitario, y el adorador de la pura é inalterable Forma encuentra en él á su enemiga la Vida!



## REMORDIMIENTO

Conocí en su vejez á un famoso calaverón que vivía solitario, y al parecer tranquilo, en una soberbia casa, cuidándose mucho y con un criado para cada dedo, porque la fortuna—caprichosa á fuer de mujer, diría algún escritor de esos que están tan seguros del sexo de la fortuna como yo del del mosquito que me crucificó esta noche—había dispuesto (sigo refiriéndome á la fortuna) que aquel perdulario derrochase primero su legítima, después las de sus hermanos, que murieron jóvenes, luego la de una tía solterona, y al cabo la de un tutor opulento y chocho por su pupilo. Y, por último, volvió á ponerle á flote el juego ú otras granjerías que se ignoran, cuando ya había penetrado en su cabeza la noción de que es bueno conservar algo para los años tristes. Desde que mi calavera (llamábase el vizconde de Tresmes) llegó á persuadirse de que interesaba á su felicidad no morir en el hospital, cuidó de su hacienda con la perseverancia del egoísmo, y no hubo capital mejor regido y conservado. Por eso, al tiempo que yo conocí al vizconde—poco antes de que

un reuma al corazón se lo llevase al otro barrio —era un viejo rico, y su casa— desmintiendo la opinión del vulgo respecto á las viviendas de los solteros—modelo de pulcritud y bienestar.

Miraba yo al vizconde con interés curioso, buscando en su fisonomía la historia íntima del terrible traga-corazones, por quien habitaba un manicomio una duquesa, y una infanta de España había estado á punto de echar á rodar el infantazgo y cuanto echar á rodar se puede.— Si no supiese que veía al más refinado epicúreo, creería estar mirando los restos de un poeta, de un artista, de uno de esos hombres que fascinan porque su acción dominadora no se limita á la materia, sino que subyuga la imaginación. Las nobles facciones de su rostro recordaban las de Volfango Goethe, no en su gloriosa ancianidad, sino más bien en la época del famoso viaje á Italia; es decir, lo que serian si Goethe, al envejecer, conservase las líneas de la juventud. Aquella finura de trazo; aquella boca un tanto carnosa; aquella nariz de vara delgada, de griega pureza en su hechura; aquellas cejas negrisimas, sutiles, de arco elegante, que acentúan la expresión de los vivos y profundos ojos; aquellas mejillas pálidas, duras, de grandes planos, como talladas en mármol, mejillas viriles—pues las redondas son de mujer ó niño;—aquel cuello largo, que destaca de los bien derribados hombros la altiva cabeza... todo esto, aunque en ruinas ya, subsistía aún, y á la vez el cuerpo delataba en sus proporciones justas, en su musculosa esbeltez, algo reco-

gida, como de gimnasta, la robustez de acero del hombre á quien los excesos ni rinden ni consumen. Verdad que estas singulares condiciones del vizconde las adivinaba yo por la aptitud que tengo para restar los estragos de la vejez y reconstruir á las personas tal cual fueron en sus mejores años.

Gustaba el vizconde de charlar conmigo, y á veces me refería lances de su azarosa vida, que no serían para contados, si él no supiese salvar los detalles escabrosos con exquisito aticismo, y cubrir la inverecundia del fondo con lo escogido de la forma. No obstante, en las narraciones del vizconde había algo que me sublevaba, y era la absoluta carencia de sentido moral, el cinismo frío, visible bajo la delicada corteza del lenguaje. Punzábame una curiosidad, y pensaba entre mí: “¿Será posible que este hombre, que para sus semejantes ha sido no sólo inútil, sino dañino; que ha libado el jugo de todas las flores sacando miel para embriagarse de ella, aunque la destilase con sangre y lágrimas; este corsario, este negrero del amor, repito, será posible que no haya conservado nada vivo y sano bajo los tejidos marchitos por el libertinaje? ¿No tendrá un remordimiento, no habrá realizado un acto de abnegación, una obra de caridad?”

Un día me resolví á preguntárselo directamente.

—Porque al fin—le dije—en las batallas que V. solía ganar hay muertos y heridos; sólo que, como en las heridas de florete, la hemorragia es interna, pues el honor manda callar y su-

cumbir en silencio. ¡Cuántos maridos, cuántos hermanos, cuántos padres (sin hablar de las propias víctimas) habrán ardido por culpa de V. en un infierno de vergüenza!

—¡Bah! No lo crea V.—respondía el Don Juan sin alterarse en lo más mínimo.—En estas cuestiones, los expertos somos un poquillo fatalistas. ¡Lo escrito se cumple! Y lo que yo, por escrúpulos más ó menos justificados, desperdiciase, otro lo recogería, quizá con menos arte, tino y miramiento que yo. La pavía madura cuelga de la rama y va por instantes á desprenderse del tallo. El que pasa y la coge suavemente, le ahorra el sonrojo de caer al suelo, de mancharse, de ser pisada...

Al ver que su extraño razonamiento me dejaba algo perpleja, el vizconde añadió:

—A pesar de todo, confieso que hice un acto de abnegación y que tengo un remordimiento...

Esperé, y el viejo, apoyando la barba en dos dedos de la mano izquierda, habló con lentitud y en tono menos irónico que de costumbre:

—Ha de saber V. que tuve una hermana que se casó y se murió casi enseguida (en mi casa todos murieron jóvenes y tísicos, excepto yo, que absorbi la fuerza que debía repartirse entre los demás). Mi cuñado, poco después, se cayó de un caballo y no sobrevivió á la caída. Quedó una niña, bonita como un serafín. Yo era su tutor, y aunque cuidé bien de su educación y de sus intereses, la veía poco, porque no me gustan los chiquillos. Vino la pubertad, y entonces la criatura tomó formas menos saráficas y más

apetecibles para los humanos. Y, cosa rara, si de chiquilla al verme se deshacía en fiestas y se volvía loca de gozo, ya de mujercita no parecía sino que la afligía mi presencia, y me acuerdo que hasta tuvo un síncope porque la dí un beso paternal... Paternal (se lo afirmo á V. bajo palabra de honor), porque tenemos la tontería de figurarnos que los que conocimos niños no llegan nunca á personas mayores...

Con todo, ciertos errores pronto se disipan, y como los síntomas iban acentuándose, no tardé en conocer la índole de la enfermedad... La muchacha repito que era una hermosura. Le enseñaré á V. su retrato, y me dirá si exagero. Aparte de esto de la belleza, nunca ví mujer que más traspasada se mostrase. Rendida ya, vencida por fuerza superior á su albedrío, lejos de huirme, me seguía y buscaba incesantemente, y se leía en sus ojos, en su voz y en sus menores acciones, que era tan mía, tan mía, que podía yo marcarle en la frente la S y el clavo. Mi edad era entonces la de las pasiones violentas: tenía treinta y ocho años... pero ¡asi y todo...!

—¿No se resolvió V. á coger la pavía?

—No era pavía, como V. verá—respondió el calaverón frunciendo las cejas.—Lo que puedo decir á V. es que al comprender la realidad, huí de mi sobrina, viajé, estuve ausente más de un año, y al ver á mi regreso á la niña enferma de pasión y amartelada como nunca, la hablé lo mismo que un padre, la pinté mi vida y mi condición y hasta mis vicios...

—Leña al fuego—interrumpí.

—¡Leña tal vez...! En fin, la dije redondamente que estaba resuelto á no casarme nunca; que no me casaría ni con Eugenia Montijo, emperatriz de Francia...

—¿Y ella?...

—Ella... Ella... después de llorar y de ponerse más pálida y más roja y más temblorosa que una sentenciada... acabó por decirme que... soltero ó casado, malo ó bueno, rico ó pobre...

—¡Comprendo...!

—Bien, pues yo... no sólo rehusé, desvié, contuve, sino que busqué marido joven, guapo, bueno... y con todo mi ascendiente, con mi mandato, lo hice aceptar...

—¡Ya me parecía!—exclamé entusiasmada.

—¡Una acción generosa, bonita! ¡Si no podía menos!

—Una acción detestable—repuso el vizconde, cuyos labios temblaron ligeramente.—Así que se casó mi sobrina se me cayeron á mí las escamas de los ojos, y me hice cargo de que me estaba muriendo por ella... Y la busqué, y la perseguí, y la asedié, y agoté los recursos, y sólo encontré repulsa, glacial desdén, rigor tan sistemático y tan perseverante, que me di por vencido, y me salieron las primeras canas...

—Vamos, la sobrinita se encontraba bien con el marido que V. eligió...

—Tan bien—añadió el Don Juan sombríamente—que á los seis meses mi sobrina enfermó de pasión de ánimo; y á los diez, en la agonía,

me llamó para despedirse de mí y decirme al oído que... ¡como siempre!

Tresmes bajó la cabeza y me pareció ver que una nube cruzaba por su frente olímpica.

—Ahí tiene V. —murmuró después de una pausa, —mi remordimiento. Nadie debe salirse de su vocación, y la mía no era conducir á nadie al sendero del deber y la virtud.





## AGRAVANTE

YA conocéis la historia de aquella dama del abanico, aquella viudita del Celeste Imperio que, no pudiendo contraer segundas nupcias hasta ver seca y dura la fresca tierra que cubría la fosa del primer esposo, se pasaba los días abanicándola á fin de que se secase más presto. La conducta de tan inconstante viuda arranca severas censuras á ciertas personas rígidas, pero sabed que en las mismas páginas de papel de arroz donde con tinta china escribió un letrado la aventura del abanico, se conserva el relato de otra más terrible, demostración de que el santo Fo (á quien los indios llaman el Buda ó Saquiamuni) aún reprueba con mayor energía á los hipócritas intolerantes que á los débiles pecadores.

Recordaréis que mientras la viudita no daba paz al abanico, acertaron á pasar por allí un filósofo y su esposa. Y el filósofo, al enterarse del fin de tanto abaniqueo, sacó su abanico correspondiente—sin abanico no hay chino—y ayudó á la viudita á secar la tierra. Por cuanto la esposa del filósofo, al verle tan complaciente, se irguió vibrando lo mismo que una víbora, y á

pesar de que su marido la hacía señas de que se reportase, hartó de vituperios á la abanicadora, poniéndola como solo dicen dueñas irritadas y picadas del aguijón de la virtuosa envidia. Tal fué la sarta de denuestos y tantas las alharacas de constancia inexpugnable y honestidad invencible de la matrona, que por primera vez su esposo, hombre asaz distraído, á fuer de sabio, y mejor versado en las doctrinas del *I-King* que en las máculas y triquiñuelas del corazón, concibió ciertas dudas crueles y se planteó el problema de si lo que más se cacarea es lo más real y positivo; por lo cual, y siendo de suyo propenso á la investigación, resolvió someter á prueba la constancia de la esposa modelo, que acababa de abrumar y sacar los colores á la tornadiza viuda.

A los pocos días se esparció la voz de que la ciencia sinense había sufrido cruel é irreparable pérdida con el fallecimiento del doctísimo Li-Kuan (que así se llamaba nuestro filósofo) y de que su esposa Pan-Siao se hallaba inconsolable, á punto de sucumbir á la aflicción. En efecto, cuantos indicios exteriores pueden revelar la más honda pena, advertíanse en Pan-Siao el día de las exequias: torrentes de lágrimas abrasadoras, ojos fijos en el cielo como pidiéndole fuerzas para soportar el suplicio, manos cruzadas sobre el pecho, ataques de nervios y frecuentes síncope, en que la pobrecilla se quedaba sin movimiento ni conciencia, y sólo á fuerza de auxilios volvía en sí para derramar nuevo llanto y desmayarse con mayor denuedo.

Entre los amigos que la acompañaban en su tribulación se contaba el joven Ta-Hio, discípulo predilecto del difunto, y mancebo en quien lo estudioso no quitaba lo galán. Así que se disolvió el duelo y se quedó sola la viudita, toda suspirona y gemebunda, Ta-Hio se le acercó y comenzó á decirla, en muy discretas y compuestas razones, que no era cuerdo afligirse de aquel modo tan rabioso y nocivo á la salud; que sin ofensa de las altas prendas y singulares méritos del fallecido maestro, la noble Pan-Siao debía hacerse cargo de que su propia vida también tenía un valor infinito, y que todo cuanto llorase y se desesperase no serviría para devolver el soplo de la existencia al ilustre y luminoso Li-Kuan.

Respondió la viuda con sollozos, declarando que para ella no había en el mundo consuelo, además de que su inútil vida nada importaba, desde que faltaba lo único en que la tenía puesta: y entonces el discípulo, con amorosa turbación y palabras algo trabadas (en tales casos son mejores que muy hilados discursos), dijo que, puesto que ningún hombre del mundo valiese lo que Li-Kuan, alguno podría haber que no le cediese la palma en adorar á la bella Pan-Siao; que si en vida del maestro guardaba silencio por respetos altísimos, ahora quería, por lo menos, desahogar su corazón, aunque le costase ser arrojado del paraíso, que era donde Pan-Siao respiraba; y que si al cabo había de morir de amante silencioso, prefería morir de rigores; acabando su declaración con echarse

á los diminutos pies de la viuda, la cual, lánguida y algo llorosa aún, tratándole de loquillo, le alzó gentilmente del suelo, asegurando benignamente que merecía, en efecto, ser echado á la calle, y que si ella no lo hacía, era sólo en memoria de la mucha estimación en que tenía á su discípulo el luminoso difunto. Y, sin duda, la misma estimación y el mismo recuerdo fueron los que, de allí á poco—cuando todavía, por mucho que la abanicase, no estaría seca la tierra de la fosa de Li-Kuan—impulsaron á su viuda á contraer vínculos eternos con el gallardo Ta-Hio.

Vino la noche de bodas, y al entrar los novios en la cámara nupcial, notó la esposa que su nuevo esposo estaba, no alegre y radiante, sino en extremo abatido y melancólico, y que lejos de festejarla, callaba y se desviaba cuanto podía; y habiéndole afanosamente preguntado la causa, respondió Ta-Hio con modestia, que le asustaba el exceso de su dicha, y le parecía imposible que él, el último de los mortales, hubiese podido borrar la imagen de aquel faro de ciencia, el ilustre Li-Kuan. Tranquilizóle Pan-Siao con extremosas protestas, jurando que Li-Kuan era, sin duda, un faro, y un sapientísimo comentador de la profunda doctrina del *Libro de la razón suprema*, pero que una cosa es el *Libro de la razón suprema* y otra embelesar á las mujeres, y que á ella Li-Kuan no la había embelesado ni miaja. Entonces Ta-Hio replicó que también le angustiaba mucho estar advirtiendo los primeros síntomas de cierto mal que

solía padecer, mal gravísimo, que no sólo le privaba del sentido, sino que amenazaba su vida. Y Pan-Siao, viéndole pálido, desencajado, con los ojos en blanco, agitado ya de un convulsivo temblor...—“Mi sándalo perfumado—le dijo—“¿y con qué se te quita ese mal? Sépalo yo, para buscar en los confines del mundo el remedio.” Suspiró Ta-Hio y murmuró:—“¡Ay misero de mí! Que no se me quita el ataque, sino aplicándome al corazón sesos de difunto!”—Y apenas hubo acabado de proferir estas palabras, cayó redondo con el accidente.

Al pronto quedó Pan-Siao tan confusa como el lector puede inferir; pero en seguida se le vino á las mientes que, en los primeros instantes de inconsolable viudez, había mandado que al luminoso Li-Kuan le enterrasen en el jardín, para tenerle cerca de sí y poderle visitar todos los días. A la verdad, no había ido nunca; de todos modos, ahora se felicitaba de su previsión. Tomó una linterna para alumbrarse, una azada para cavar y un hacha que sirviese para destrozarse las tablas del ataúd y el cráneo del muerto; y resuelta y animosa se dirigió al jardín, donde un sauce enano y recortadito sombreaba la fosa.

Dejó en el suelo la linterna y el hacha; dió un azadonazo... y en seguida exhaló un chillido agudo, porque detrás del sauce surgió una figura que se movía, y que era la del mismísimo Li-Kuan, ¡la del esposo á quien creía cubierto por dos palmos de tierra!

—Sierpe escamosa—pronunció el filósofo con

voz grave—arrodillate. Voy á hacer contigo lo que venías á hacer conmigo; voy á sacarte los sesos (si es que los tienes). Entre mi discípulo Ta-Hio y yo hemos convenido que sondeáramos el fondo de tu malicia, y, sobre todo, de tu mentira. No castigo tu inconstancia, que sólo á mí ofende, sino tu fingimiento, tu hipocresía, que ofenden á toda la humanidad. ¿Te acuerdas de la dama del abanico?

Y el esposo cogió el hacha, sujetó á Pan-Siao por el complicado moño, y contra el tronco del sauce la partió la sién.

